

CAPITULO XXI.

LA MONJA.

A la hermosa Anita se le quedó profundamente grabada la noble fisonomía de Ricardo: ya tenía suficiente edad para reflexionar y reflexionó que las explicaciones que se le habían dado sobre aquella entrevista á excusas, no eran satisfactorias. Sentía como un estorbo que se le paseaba de la cabeza al corazón, el cual conocía que no había de quitársele mientras no aclarara ese misterio, y se propuso aclararlo. Por de pronto pareció conformarse con las historias que le iba refiriendo Esperanza: aquel apuesto militar había sido en otros tiempos muy estimado y muy distinguido en la familia; pero algunas acciones suyas que no habían sido aprobadas, algunas calaveradas tal vez que no podían encontrar buena acogida en el rígido carácter de D. Ramon, lo habían ausentado para siempre de la casa. Pero el militar había

conocido á Ana cuando era pequeñita, la había querido tanto como si fuera hija suya, le había mandado suplicar que la llavara para verla, y Esperanza no había podido resistir á aquel deseo, aun sin el consentimiento de la abuelita; parecia conveniente pues que esta no se enterara de aquel encuentro, al menos mientras D. Ramon no hiciera las paces con su pariente.

Cuando Esperanza pronunció la palabra *hija*, Anita se estremeció y estuvo á punto de hacer esta pregunta que nunca hasta entonces había querido hacer, supuesto que no se lo decían: ¿quienes eran sus padres?

Transcurrieron unos días y regresó D. Ramon de México: no llegó nada contento, todo lo contrario. Los negocios andaban muy mal: el gobierno se mostraba muy exigente y quitaba el dinero á todos los que lo tenían y quería sacarlo tambien á los que lo habian tenido: él pertenecia á estos últimos; no tenia ya nada que dar y se le apremiaba para que pagara adelantadas las contribuciones de la casa de México que muy poco le producía y las de sus fincas de campo que estaban ya reducidas á una miseria absoluta con tantas revoluciones y con tantos robos. El gobierno de Santa Anna y su guerra de Texas habian costado un dineral y el gobierno de Corro tambien seguía costando lo mismo, pues aunque no estuviera allí Santa Anna, estaban los mismos ministros que eran insaciables. Aquello no era, no podía ser gobierno, sino una cueva de foragidos, según el juicio de D. Ramon.

Ya se comprenderá que su carácter, de ordinario

seco y duro, ahora se habia convertido en feroz y por lo mismo en intratable.

No obstante, Anita se consagró de tal manera á mimarlo, á acariciarlo, á cuidarlo y á seguirlo, que el viejo acabó tambien por acercarla tres ó cuatro veces á su corazon y por darle un beso en la frente, lo cual en él era un signo de inmenso cariño.

Anita siguió endulzándole las horas otro dia mas y al siguiente el buen viejo que tenía un fondo excelente, á pesar de sus asperezas, le dijo sentándose en las rodillas.

--Dime que es lo que más deseas, chiquita, para concedértelo.

Ella se quedó un momento viéndole fijamente, le dió un beso en cada mejilla y luego le preguntó:

--¿De veras me concederá vd. lo que yo le pida, abuelito?

--¿Pues te había de engañar acaso? ¿Entonces no sabes que siempre que he ofrecido algo lo he cumplido? Pídemelo que quieras, y una vez que te haya contestado que sí, puedes creer que lo tendrás, aunque sea un imposible.

--Lo que yo quiero es sumamente sencillo.

--Dílo.

--Quiero..... quiero, mi abuelito lindo, que se contente vd. con el militar y que lo deje venir á la casa.

--¿De cual militar hablas? preguntó D. Ramon empezando á fruncir el ceño.

--De ese pariente de la familia que se llama D. Ricardo.

D. Ramon casi iba á hacer rodar á Anita al tiempo de levantarse demudado y tembloroso. Luego cogiéndola de ambos puños con fuerza le preguntó:

—¿Luego has visto á ese hombre?

—Sí.

—¿En dónde lo has visto?

—Muy cerca de aquí..... en el bosquecito del arroyo.

—¿Y fué Esperanza la que te llevó allí y la que te ha aconsejado que me digas eso?

—Ella no me ha aconsejado nada: me llevó á verlo.. el me abrazó y lloró..... me conmoví mucho..... supe que mis abuelitos estaban enojados con él y yo pensé...

—¡Silencio! ni una palabra más.

D. Ramon, airado, se dirigió á su habitacion, echó la llave por dentro y no volvió á salir de allí en todo el día. Por la noche solo recibió á Doña Ana que fué á llevarle la cena. A esta le comunicó algunas órdenes que debían permanecer reservadas.

En la mañana temprano estaba en el centro del patio el coche de camino con dos tiros de mulas. D. Ramon salió de su habitación y Esperanza de la suya y cada cual se dirigió al coche silenciosamente. Esta última iba vestida de negro y cubierta con un espeso velo que le llegaba el borde del vestido.

Doña Ana tenía entretenida á Anita en su pieza para que no se enterara de aquel viaje repentino.

D. Ramon había adelantado en la tarde anterior á un mozo que llevó varias cartas á México. Cuand

el coche llegó á México se encaminó directamente al Convento de la Concepción.

Se apeó el Sr. de Guzman, le siguió Esperanza y ambos entraron al locutorio, que les fué abierto por la madre portera. Allí se encontraba ya la madre abadesa.

—Esta es la jóven de que debe haber hablado á la madre superiora el Ilmo. Señor Arzobispo.

—Sí, señor; tengo orden de recibir aquí y de vigilar muy estrictamente á la jóven llamada Esperanza Guzman.

D. Ramon, sin despedirse de su hija, se salió de allí despues de haber dejado en las manos de la Superiora un pliego con instrucciones.....

Hasta aquel momento todo lo que habia estado pasando á Esperanza le parecia un sueño: la orden que le habia dado su madre para que se vistiera y se cubriera con un velo el semblante; la separacion de su hija sin despedida; su entrada brusca en el coche; el camino hecho silenciosamente en compañía de su sañudo padre; aquella entrega de su persona en el convento que parecia definitiva.....

Pues ¿qué era lo que habia pasado?

Esperanza no se daba cuenta de su situacion y le parecia seguir soñando.

Ricardo que aun vivia en su hacienda, inmediata á la de D. Ramon, y que tenia á esta muy vigilada, supo todo lo que estaba pasando, montó á caballo seguido de su asistente y á duras penas pudo alcanzar el carruaje en que iba Esperanza, seguirlo á la Con-

cepción y ver una parte de los sucesos desde la esquina próxima en donde estuvo apostado despues de haber echado pie á tierra.

No le cabia duda de que sus relaciones con Esperanza habian sido nuevamente descubiertas por aquel padre feroz, quien para impedir las, se habia valido de la influencia que tenia con el alto clero, consiguiendo que fuera encerrada la jóven en aquel convento.

Cuando vió á Don Ramon salir solo de la portería, subir al carruaje y alejarse, sin siquiera volver la cabeza á donde se quedaba su hija encerrada, Ricardo se estremeció indignado, y murmuró:

—Es preciso, pues, de una vez aceptar la lucha.

E inmediatamente se fué á su casa, escribió una carta al Ministro Tornel, diciéndole que deseaba ponerse á las órdenes del gobierno y pidiéndole una entrevista.

Demasiado sabia Tornel que Ricardo Guzman era uno de los oficiales mas distinguidos de Arista, al cual habia acompañado en todas sus últimas campañas, y esa circunstancia, unida á la de que en aquellos momentos todo se veia revestido de cierta novedad y de cierto interés, y cada hombre de Estado allegaba elementos para acrecer un círculo, Tornel contestó en el acto, citándolo á una conferencia.

Ricardo le expuso brevemente sus circunstancias: él, no tenia ideas políticas, ni principios fijos, como pasaba entonces con casi todos los hombres de armas; él, habia seguido á Arista por afeccion personal, y al único á quien profesaba bastante mala voluntad, era á

Santa Anna; pero desde el momento en que habia desaparecido de la escera, encontrándose prisionero y con su reputacion militar perdida, ya se podia servir al gobierno sin temer á aquel famoso general, que así como tenia muchos amigos, tenia tambien muchos enemigos entre los hombres honrados, que no le podian ver en la política sino con profunda desconfianza por sus veleidades y perfidias.

Tornel, aunque era santanista, en aquellos momentos era mas Ministro que otra cosa, y convino casi al pié de la letra con las opiniones de Ricardo, asegurándole que el gobierno utilizaria sus servicios tan pronto como empezaran á organizarse las tropas que habian de hacer la campaña de Texas.

Entonces Ricardo abordó la segunda cuestion. Refirió á Tornel todas sus aventuras y sus relaciones con Esperanza, en la cual tenia una hija que contaba diez años, y como aquel hombre desnaturalizado, aquel Don Ramon de la Cadena habia conseguido por su alta influencia con el arzobispo encerrar á la madre en aquel convento contra su voluntad, no obstante todas aquellas circunstancias, así como la muy atendible de que se trataba de una mujer de mayor edad que ya no podia tampoco figurar al lado de las vírgenes.

Tornel, que era bastante despreocupado, á pesar de pertenecer á los centralistas, se rió con ganas al oír el fin de la aventura y expresó así francamente su opinion:

—Los votos que pronunciara esa jóven en caso de que logran estrecharla á hacer algunos, no serían válidos.

—No serán válidos, Exmo. Sr., ¿pero quién reclama contra ellos?

—Es verdad, ninguno de la familia, y usted, señor coronel, no tiene personalidad legal en el asunto.

—Motivo por el que vengo á exponer mis quejas al gobierno.

—Amigo mio, dijo Tornel, que era muy amante de cortar por lo sano: tenemos tres caminos y los tres vamos á seguir en este negocio. Uno es hablar á Corro, de lo que yo me encargaré; otro, pedir la extracción de la monja al Gobernador de México, lo cual tiene que hacer él por estar en sus facultades, y el tercero gestionar algo, aunque sin provecho, con el Arzobispo. Si ninguno da resultado, queda un cuarto camino mas ejecutivo, del que usted mismo se encargará.

Ricardo comprendió bien el pensamiento del Ministro y salió de allí radiante á poner en ejecución las providencias que le tocaban.

Desde luego dedicó sus cinco sentidos á ponerse en comunicacion con Esperanza. Su misma madre que, además de ser una buena mujer, era una dama respetable, se comprometió á conseguir que se le facilitara hacer una visita al convento y á poner una carta en las manos de la religiosa forzada, y por lo que respecta al Gobernador de la ciudad y al Arzobispo, el mismo Ricardo fué á verlos, encontrando en ambos grandes resistencias por distintos capítulos: el Gobernador de México contestó que estaba bien penetrado de la justicia que habia para excluir á

una mujer que estaba encerrada contra su voluntad, pero que la medida traería gran escándalo y que él no la dictaría sin la autorización del Presidente. El arzobispo contestó que aunque Esperanza estaba en la Concepción solo en depósito, como de todas maneras se trataba de una monja, habia necesidad de recabar un breve del Papa, y que todo el negocio fuera ventilado en forma en la curia eclesiástica que tenia á su cargo entre otros deberes, el de impedir que las mujeres del claustro salieran al mundo á prostituirse.

Entonces hubo necesidad de esperar á lo que resolviera el Presidente Corro; pero el Presidente Corro que era de pequeño ánimo, dijo que él no se metía en esas cosas y que estaría solamente á lo que resolviera el cabildo.

—Queda á vd. el cuarto camino, dijo Tornel á Ricardo, el que dejamos como último recurso y que tienen expeditos los hombres de corazon cuando se les cierran todas las puertas.

—Pues á pesar mio lo pondré en planta, pero contando con la protección que V. E. pueda darme indirectamente.

Y ese camino fué el de avisar á Esperanza que al día siguiente que era el 3 de Octubre estuviera dispuesta á las doce del día para trasponer las puertas del convento. Le parecía ridículo escalar las tapias á media noche y prefirió la luz del día para hacer uso de la fuerza de su derecho.

No era tan fácil sorprender un clauto en aquellos

tiempos en que las puertas tenían fuertes cerraduras y estas eran vigiladas por gentes listas; pero Ricardo se dió tal maña que acompañado solo de dos militares amigos suyos logró sujetar á la madre portera, hacerse de las llaves y entrar á los primeros departamentos en donde vió á Esperanza luchando con las monjas que se habian puesto furiosas defendiendo su presa. Todo fué que Esperanza viera allí á Ricardo, y cobrar ánimo, desacirse de las que la sujetaban por las muñecas y correr á sus brazos. Se desató una gritería espantosa, se tocaron las campanas, se llamó á los sacristanes y campaneros pidiéndoles auxilio; pero Ricardo se abrió paso sostenido por sus dos amigos que también sacaron á relucir sus armas y en dos brincos se vió aquel en la calle depositando su preciosa carga en el carruaje que allí tenia preparado.

El escándalo, como debe suponerse el lector, fué mayúsculo: todo el mundo hablaba de una monja escapada, pero muy pocos sabian que no era tal monja y que lo que se habia hecho era destruir uno de los infinitos atentados contra la libertad individual que se multiplicaban en aquel entonces en los conventos.

Nadie ignoraba al día siguiente que los prófugos se encontraban en San Agustín de las Cuevas; pero la autoridad no se movió, lo cual pareció extraordinario, debido á que Tornel habia tomado acertadas providencias para impedir que se moviera.

Muchísimos trabajos pasó Ricardo para encontrar un sacerdote de buena voluntad que quisiera autorizar su matrimonio; pero lo encontró en un cura despreo-

cupado que creyó no perder mucho con ponerse en pugna con el cabildo, una vez que no podía estar más perdido ni mas ignorado, que como se encontraba.

Un hombre del carácter de D. Ramon tenia que reventar y en efecto reventó cuando le dieron la noticia; pero en cambio los desposados recibieron la bendición de Doña Ana, que les llevó á su hija Anita.

Ricardo y Esperanza estrecharon á la niña entre sus brazos derramando torrentes de lágrimas.